

Nacen las sombras

La caverna era inmensa, pero nadie había podido verla nunca. Estaba totalmente cerrada, ninguna luz bañaba sus rugosas paredes ni su suelo liso. No había estalactitas ni estalagmitas que rompiesen la monotonía del espacio vacío. El agua raramente se infiltraba y, cuando lo hacía, se desvanecía rápidamente, como si huyese de aquel lugar que la roca había formado.

El poco aire que había estaba moribundo, retenido en esa prisión eterna. Un día no pudo resistirlo más y se inflamó, desapareciendo para siempre y creando una chispa que iluminó toda la cueva. Las rugosidades, las oquedades, los salientes y el resto de irregularidades creadas por los años que la piedra había vivido quedaron expuestos durante un instante. Suficiente para despertar lo que había estado dormido, esperando su momento mientras estaba preso en la caverna.

Embebidas de nuevo por la oscuridad, las sombras crecieron y tomaron formas nuevas. Al principio amorfas, como corresponde a quien es nuevo en la tarea de vivir. Pero al poco tiempo ya surgieron brazos, piernas, cabezas bien diferenciadas, torsos y cinturas. Y afloró la creatividad: algunos multiplicaron sus brazos, otros transformaron las manos en garras, algunos obtuvieron cuellos alargados, unas pocas se volvieron bicéfalas... en fin, cualquier variación era posible en el comienzo. Cada individuo se convirtió en único, pero todos compartían la misma madre, la noche, y estaban compuestos de oscuridad, visible a través de su fina piel translúcida.

Lentamente, comenzaron a abrir los ojos: pequeños círculos blancos que brillaban como faros entre tanto negro. Empezaron los sonidos: olisqueos, suaves gruñidos, cortos jadeos, ronroneos, gañidos. Un murmullo suave y constante, de muchos seres que acababan de despertar. De depredadores que ni siquiera en su nacimiento podían permitirse hacer ruido para no alertar a ninguna presa.

Pero sí que llegaron los gritos. Algunas de las sombras vieron a sus congéneres por primera vez y lanzaron un chillido para luego abalanzarse sobre ellos. Sin embargo, no era una caza sino un reconocimiento. Aquellos que se tocaron así se fusionaron y su forma se alzó sobre sus hermanos. Criaturas horribles primero y luego todavía peores se levantaron como líderes de la prole; igual que otras se desarrollaron en bellas y majestuosas siluetas destinadas a cumplir la misma función.

Mientras los más grandes crecían, los demás aprovechaban para explorar su entorno. Eran muchos y estaban muy apretados. Apenas tenían espacio, lo que significaba mucho para tocar. Unos y otros fueron descubriendo lo que les rodeaba. Cuando los líderes despertaron, acariciaron a los pequeños, igual que estos habían hecho antes. Eran curiosos, como los cazadores deben serlo.

Llegó un momento en el que se aburrieron y, como consecuencia, se movieron para encontrar nuevos entretenimientos. En la masa las criaturas eran indistinguibles salvo por la luz de los ojos, luciérnagas moviéndose caóticamente en la noche. El ruido fue aumentando, pero permaneció a bajo volumen hasta que las sombras crecidas llamaron a las pequeñas. Estas treparon por sus líderes y los envolvieron, transformándose en su coraza, llena de puntos brillantes. Los que quedaron en el suelo se revolvieron a su alrededor, enloquecidos, esperando ansiosos que se desencadenase la acción, cualquiera que fuese. Aún con los que se habían perdido para servir de armadura, los que se quedaron en el suelo todavía estaban apretujados.

Las pequeñas luces se agitaban en la oscuridad, resonaban aullidos profundos, el suave roce del movimiento multiplicado por miles producía un ruido cada vez más alto. Saltaban, bailaban, golpeaban el suelo, maullaban, gemían, ladraban, ronroneaban, rugían los que podían, otros

volaban, se empujaban, se arañaban, se acariciaban, se revolvían. Así continuaron durante un tiempo indefinido, exaltándose unos a otros durante lo que a cada uno le pareció una eternidad.

Al final, una pared convexa se rompió y todos se liberaron. Bellos y monstruos, reptadores y voladores, líderes y siervos. Todos pudieron salir como una masa del lugar de su nacimiento. Así llegaron a la vida, al mundo.

Era una más de la masa. Rápida, se movía para alcanzar la nueva luz que les bañaba. Era mala, debía ser extinguida, ninguna luz debía haber en el mundo. Eso era lo poco que sabía. También que debía salir de allí, de la cueva tan hermosa en la que había estado junto a los otros. Sus... ¿hermanos? No, no eran eso. Pero eran sus iguales, también cazaban la luz como ella, eso los hacía buenos.

Al pasar junto a un líder se dio cuenta de lo pequeña que era. Los había visto muchas veces, pero nunca había podido contemplarlos en movimiento. Era majestuoso: tenía siete pares de patas, perfectamente coordinadas para correr; tentáculos en su dorso que se agitaban para enaltecer al resto de cazadores; una boca enorme que no dejaba de gritar y mostrar hileras e hileras de dientes. Ella se ralentizó tanto como pudo para no perderse nada del bello espectáculo que tenía delante. ¡Qué maravilla! Pero los demás no parecían sentir lo mismo y seguían corriendo hacia el exterior. Ella también sentía ese impulso, pero no podía dejar de sentirse cegada por la oscuridad y detenerse para maravillarse ante ella. Y eso que no era su líder, era un líder imponente, pero no era el adecuado, su misión estaba con otro.

Aceleró. Había estado en lo más profundo del seno materno, pero ya estaba cerca de la salida. Era excitante poder cumplir su tarea después de tanto tiempo en la preciosa nada, rodeada de sus semejantes. Había sido una buena época, pero debía acabar. Era el momento de las novedades.

Llegó al fin a la pared rota. Si se hubiese fijado, habría visto que los escombros indicaban que la pared simplemente se había caído, como si hubiese decidido que tenía que dejarlos libres. El resto de la estructura aguantaba sin problemas, formando un arco perfecto para permitir el paso de las criaturas. Sin embargo, nada de eso le importaba, ella sólo quería dejar la cueva junto a los demás y empezar a consumir la luz.

Desembocó en un túnel, completamente inundado por la masa negra que había salido de la caverna. Había estructuras de algo que no era piedra y quedaban restos de lugares que habían albergado luz. Aún quedaban algunas chispas, tan ridículas que ninguno se molestaba en atacarlas. Ella también lo sentía, el premio delante era demasiado succulento como para rezagarse por las migajas. A pesar de ello, trató de colocarse cerca de los lugares donde se habían situado las luces. No era la única que había observado que había un patrón: la masa era más densa en su nuevo camino de lo que lo había sido antes. Donde más quedaban era en los techos, pero ella no podía volar ni reptar. Podría haberse arrastrado allí, pero eso la habría retrasado. De todos modos, lo intentó una vez, ansiosa por probar la luz.

Descubrió que su forma era buena para correr y adecuada para escalar, pero estaba lejos de ser óptima. Era más pequeña que el resto y sus miembros no eran largos. Contaba con garras que la facilitarían el ascenso y era lo bastante flexible como para colgarse bien de un lado a otro. Aguantó sujeta al techo y avanzó hasta uno de los lugares que había albergado luz gracias al agarre que le proporcionaron las garras de sus pies, pero sabía que no podría mantenerse así mucho tiempo.

De esta forma, consiguió atrapar una de las chispas, un eco de la luz que había estado allí. Había pertenecido a algo vivo, algo fluorescente. En su lugar ahora había muerte. Sintió lástima y odio. La vida era hermosa y sustituirla por la muerte era triste, pero profanarla con luz era un crimen aún mayor. Se dejó caer, sabiendo que la multitud amortiguaría su caída. Así fue y aceleró para encontrar más de esos seres que se atrevían a iluminar el mundo.

El túnel era largo y sinuoso. Había bifurcaciones, pero eran muy pocos los que se desviaban hacia ellas, todos respondían a la llamada del exterior. Ella seguía corriendo, intentando no distraerse con las tentaciones subterráneas para emerger de la tierra lo antes posible. Al final llegó a la salida, con el resto de la muchedumbre. El brillo de la entrada hacía que le dolieran los ojos pero la excitó para llegar todavía más rápido. Cuando cruzó el marco pudo contemplar el mundo por primera vez.

Era de noche. Pequeños puntos centelleaban lejanos en el techo del mundo. El cielo. El resto del entorno estaba oscuro, permitiéndola apreciar la tierra removida a su alrededor. Más lejos había seres vivos quietos. Plantas. Sólo se alteraban por el viento y por el paso del resto de cazadores que se movían en la misma dirección hacia... Hacia un lugar enorme y luminoso, una zona en el horizonte que profanaba la sagrada noche justo enfrente del Lugar de Nacimiento. Debía ser destruido y devorado, la oscuridad debía reinar. Se encamino con el resto de la progenie hacia allí, con ansia asesina.

Estaba lejos, pero aun así podía ver las fuentes de luz. Construcciones verticales, muy altas pero variables. Asquerosas, grotescas. Su conjunto formaba un gran halo brillante repugnante. Era algo que la ponía enferma y quería por todos los medios ponerle fin. Sin embargo, un líder pasó corriendo y la derribó, haciéndola perder de vista su objetivo. Y tumbada en el suelo pudo ver otro objeto profanador. Allí en el cielo se alzaba una bola enorme de luz. Se levantó rápidamente para evitar que la pisasen y se apartó de la masa. Una vez estuvo segura se quedó quieta admirando el orbe mientras a su lado sus compañeros seguían precipitándose contra el enemigo en la tierra.

Luna. Ella sabía que aquello se llamaba Luna. Estaba justo detrás del Lugar de Nacimiento, pero las montañas impedían que su luz se viese desde la entrada al túnel. Debería ser una presa, pero ella no lo sentía así. A pesar de que profanaba la oscuridad, algo le decía que la Luna era hermosa. Se olvidó completamente del halo a sus espaldas. Ciudad. Su enemigo era la ciudad, pero ella quería seguir a la Luna. Y así lo hizo.

Se apartó todavía más del resto de sus congéneres y avanzó en dirección contraria. Sin prisa, lentamente. Vio que otros también lo hacían, se separaban del resto y partían en diferentes direcciones. Eran pocos, muy pocos. Sin embargo, no sintió ningún deseo de acercarse a ello. No era una cacería, era un peregrinaje solitario.

Caminó hacia las montañas durante horas. Sus encuentros con otros nacidos de la oscuridad se hacían cada vez más infrecuentes, no todos buscaban acercarse a la Luna. Según pasaba el tiempo descubrió lo que era el hambre y hubo de distraerse para cazar un pequeño animal, un roedor. Su muerte la puso muy triste, pero sabía que era necesario para poder continuar. También conoció la sed y tuvo que detenerse en uno de los numerosos ríos que cruzaban las pendientes.

Una vez miró hacia atrás y volvió a ver la ciudad. El desorganizado ejército formado por los depredadores se estaba acercando a ella y pronto haría sucumbir ese brillo impuro. Se acabaría ese halo profano. Pero a ella ya no le importaba. Seguía odiando la luz, seguía queriendo destruir aquel lugar tan maligno. Pero la Luna la atraía más, no como una ansia destructora sino como una llamada sutil y seductora. Tenía que saber por qué.

Descubrió lo que era un bosque cuando se internó en uno y los grandes abetos cubrieron el cielo. Ella no flaqueó, siguió adelante, sabiendo siempre su destino. No obstante, albergó duda en su andar, consciente de esa emoción por primera vez.

Llegó a un pequeño claro. La Luna volvió a brillar en el cielo, tranquilizándola. Sin embargo, se hallaba en otra posición distinta. Aunque la sorprendió al principio, en un momento lo consideró natural. Igual que el primer líder que había visto corriendo, algo tan bello debía serlo aún más en movimiento. La Luna se movía como no podía ser de otra forma, estaba hecha para eso.

Se permitió un tiempo de descanso. Había piedras en aquel lugar y se sentó sobre una de ellas. Se fijó de verdad en el bosque, más allá de lo que había estado observando inconscientemente con su instinto de depredador. Estaba lleno de hermosa vida: vida durmiente, que no sabía apreciar lo bonito de la noche; y vida despierta que estaba ajetreada en su rutina. Cuando lo veía lo conocía. Así sabía que sobre ella estaban volando los murciélagos y que en una rama una lechuza esperaba para abalanzarse sobre ellos como ella lo hizo antes sobre el roedor. Los insectos la rodeaban y recorrían sigilosos el bosque, igual que ella. No se sentía parte de aquel lugar, tenía claro que era una extraña entre aquellas criaturas, pero lo disfrutaba de la misma forma.

Cuando se sintió relajada y en paz, se obligó a continuar, ya descansada. Se dirigió a la nueva posición de la Luna, que la desviaba ligeramente del camino que había estado siguiendo, pero no la hacía retroceder. Al levantarse, escuchó como la lechuza saltaba de su rama. En su interior se alegró por el éxito de otro cazador como ella, lo que además le dio a conocer otra emoción.

Su nuevo camino la hizo descender un poco y salir del bosque. Se encontró con un valle en cuyo centro había un enemigo. Era más pequeño que la ciudad (pueblo), pero su brillo era igual de profano. Ningún cazador podía haberlo visto todavía, estaba sola, por tanto, nadie excepto ella podía destruir esa malignidad. Sin embargo, algo le decía que no sería capaz de hacerlo. Y, además, la apartaría de su tarea principal. Se tomó un momento para meditar, nunca había tenido que tomar una decisión hasta entonces.

Destruir la luz como le ordenaba su ansía le tomaría tiempo y esfuerzo y no sabía si podría hacerlo. No era como las luces de la cueva, esto era un lugar que sabía que estaba ocupado. La luz podía venir de seres vivos como los subterráneos que ya había visto y habiendo toda esa cantidad de criaturas, podrían defenderse. Tenía el riesgo de morir. Eso la dio miedo, por primera vez estaba asustada.

Por otro lado, seguir su objetivo inicial le daba seguridad y tranquilidad, aunque no saciase las ganas de devorar la luz. Solo tenía que reprimir sus instintos para poder continuar. Acallar la destrucción para ser feliz persiguiendo su misión. Buscó la Luna en lo alto para reforzar esta idea y se encaminó hacia ella. O eso pensó porque, aunque su cabeza seguía fija en lo alto, sus pies la acercaron a su enemigo. Sólo se percató al tropezarse con una piedra, algo que nunca la había ocurrido. Se dio cuenta de su lucha interna y cedió a su antigua llamada, destruiría la repugnante luz para poder continuar después su búsqueda de la belleza. Contenta con este trato, se dirigió a una construcción, un edificio.

Se acercó a él acechante. Fue precavida, moviéndose de sombra en sombra. Podía capturar la luz que se proyectaba, pero la presa real era la fuente de esta, por ello no perdió el tiempo.

Lo primero que se encontró fue una serie de animales rodeados por vallas. Era llamativo, pero no relevante. La luz que salía del edificio les bañaba, pero no eran la fuente de esta. Le alegró porque así no estaba obligada a matarlos.

Se acercó más y vio a un animal extraño. Era bípedo, como ella, y solo un poco más alto. Tenía brazos, piernas y cabeza y su forma se parecía a la de algunos nacidos de la oscuridad. Pero tenía la piel rosada y pelo, como los animales, en la cabeza. Era un ser raro. Un... humano. ¡Humano! Ese nombre le producía una sensación de ira y ansias de caza. Con los nuevos conceptos en la cabeza sabía que lo que tenía delante era una niña. Tenía el pelo claro y un ligero vestido blanco que reflejaba la luz del edificio. No. No era del edificio, la niña estaba en la sombra de ese resplandor asqueroso. Lo que brillaba en su ropa era la Luna. Miró hacia atrás. Efectivamente, la luz de la Luna, la única que era capaz de ignorar, bañaba a la niña y hacía que refulgiese.

Era una humana, era grotesca y fea; y, sin embargo, la Luna la daba una pálida belleza espléndida. Aturdida por los contrastes, perdió el equilibrio y cayó sobre un matorral. La niña se sobresaltó por el ruido de las hojas, pero se dirigió hacia él.

Ella se vio reflejada en los ojos de la pequeña. También estaba iluminada por la Luna pero su cuerpo negro absorbía todos los rayos de luz, excepto por los puntos brillantes de su cabeza. Sus propios ojos emitían un resplandor propio, aunque no de una forma profana sino hermosa y plateada como la Luna. Sus rasgos estaban perfilados y su cara se proyectaba hacia delante como el hocico de los ratones; su boca pequeña estaba llena de dienteitos afilados, cazadores; y sus orejas eran puntiagudas como las de los ciervos. Su cuerpo enjuto daba la sensación de ser práctico y eficiente, a la par de ser estilizado, igual que aquella lechuza que esperaba paciente a los murciélagos en el bosque. No era perfecta y bella como los líderes, llenos de adornos y armas. Tampoco era fea como esta humana que la contemplaba atónita. Se reconoció como un ser vivo, y eso la dejó satisfecha. La vida era importante y sagrada.

-No sé qué eres -susurró la niña-. Pero, ¿has visto a Wiskers?

Ladeó la cabeza. Si la vida era tan valiosa, no debía sentirse asqueada por la humana. No era su culpa ser fea, debía tratarla bien.

-Es mi conejito. Me he despertado y no estaba. Se ha vuelto a escapar y quiero ponerlo a salvo.

Lo mejor sería ignorarla y seguir con su tarea. Tampoco había molestado al resto de animales si no era para alimentarse de ellos.

-Además, como papá se entere de que se ha vuelto a ir me regañará -continuó diciendo la niña en voz baja.

La idea de comerse a un humano la atrajo, pero no tenía hambre así que la aparcó por el momento. Ya la habían descubierto y no parecía que hubiese ningún problema de modo que se dirigió a la casa, pasando de largo de la niña.

- ¡Eh! ¿Adónde vas? No puedes entrar así, ¡es mi casa!

La puerta estaba abierta, la niña al salir la había dejado así. Cuando entró vio un montón de objetos, pero muy pocos le sugirieron su nombre al verlos. Había una mesa y sillas y otros... Muebles. Sí, había muebles colocados por la sala. Pero ninguna luz.

Recordaba que desde fuera la luz se veía más alta. Miró al techo pero no le reveló nada. Tras rebuscar, encontró una forma de subir, una escalera, y la usó; seguida siempre por la niña y su incesante parloteo en voz baja.

-Te lo advierto, voy a gritar y avisar a mis papás.

Ignorarla era complicado. Aunque no fuese una humana adulta sentía ira hacia ella y que no la dejase en paz hacía las cosas más difíciles.

En el piso superior encontró la luz colándose por una rendija de la pared. No tardó en descubrir que era una puerta y sabía que se podía atravesar, pero no conocía el mecanismo. Empujó, arañó, trató de introducir su garra, trepó por la pared y nada funcionó. Al final se quedó quieta, pensando cómo abordar el asunto.

- ¿Quieres entrar en mi habitación? -Preguntó al ver sus esfuerzos-. ¿Crees que ahí está Wiskers? -Elevó un poco la voz, emocionada-. ¡Vamos a ver!

La niña se adelantó y tiró de un saliente de la puerta, que se abrió. La miró otra vez, asombrada. No era consciente de las cosas que podían hacer estos animales tan extraños. Ambas entraron apresuradas.

- ¿Dónde está?

Aunque tenía más curiosidad no pudo resistirse. Nada más ver la luz, situada sobre una mesa junto a la cama, se lanzó a por ella. Puso sus manos sobre el cristal y absorbió la energía hasta drenarla. A cambio, el interior se llenó de oscuridad, ese objeto ya nunca podría albergar el espíritu de la luz.

- ¡¿Qué has hecho?! -gritó, e inmediatamente se tapó la boca con las manos.

-Ahora no puedo ver -susurró indignada.

Ya a gusto en la oscuridad se fijó en el cuarto. También había muchas cosas que no reconocía. Entre ellas estaba escondido un roedor gordo y blanco. Lo cogió y se lo entregó a la humana. No había entendido nada de su lenguaje pero sabía que algo le unía a ese animal. El conejo también parecía relajado en contacto con la niña.

- ¡Gracias! -Le dio un abrazo a la criatura, sin soltar a Wiskers-. Ahora no te escondas otra vez -señaló al conejo mientras lo metía de nuevo en su jaula.

- ¿Ya te vas? -le preguntó.

Salió al pasillo en busca de más luces. No encontró ninguna así que aprovechó para pensar. El contacto con la humana había sido... agradable. Le recordó a la tranquilidad del claro. Se volvió para mirarla. Aquí no llegaba la Luna, su vestidito no reflejaba esa bella y blanca brillantez. Pero no le parecía tan fea como al principio. Era rara y un poco deforme, y, a pesar de ello, no le generaba el odio que le causó su primera impresión. Se maravilló por el cambio de su actitud y se dispuso a irse. Quizá pudiese ignorar el resto del pueblo y conformarse con haber matado esa luz. Así podría seguir su camino.

Bajó las escaleras y se dispuso a salir, acompañada por la niña. Sin embargo, fuera había un problema: llegaba el día. Vio como el Sol empezaba a salir por el horizonte y se volvió loca. Corrió frenética en círculos y arañó la pared como si quisiese hacerla trizas. Estuvo a punto de abalanzarse contra la niña, pero se contuvo al ver sus ojos asustados. Eso era lo que la pasaba a

ella, tenía miedo. Se metió de nuevo en la casa, en el cuarto de la pequeña y se preparó para pasar allí las horas de luz. Cuando los rayos del Sol llegaron a la habitación, apoyó la garra en el cristal de la ventana y los oscureció para que no pudiesen molestarla.

-Mi papá se va a enfadar por eso.

Se recostó en una esquina. La niña se sentó frente a ella.

-Debería estar dormida pero dentro de poco van a venir a despertarme. ¿Quieres que hablemos?

Se quedó mirándola.

- ¿Qué eres? Nunca había visto nada como tú.

- ¿Eres un animal? ¿O un duende?

-Ya sé, ¡eres un hada! Sales del bosque y ayudas a las niñas. Eres un hada.

- ¿Cómo te llamas, hada?

Fue lo primero que entendió. Le había preguntado su nombre. Ella sabía tantas cosas con solo verlas. Pero no sabía su nombre.

- ¿Te llamas Hada?

Le pareció adecuado negar con la cabeza. Quería decirle que ese no era su nombre, no sonaba como debería. La niña empezó a recitar una lista de sonidos, tras los cuales esperaba a que ella negara con la cabeza. Le pareció divertido.

- ¿Sombra?

Se volvió bruscamente. Sombra. No era correcto, no era su nombre, pero sí era acertado, se parecía. Era el concepto, pero no el sonido. Sin embargo, la niña se conformó con eso.

-Sombra entonces -sonrió.

Abrazó a la recién nombrada Sombra y se durmió junto a ella, en la esquina.

Horas más tarde, unos humanos adultos la despertaron. La recogieron de su lado y retrocedieron horrorizados. Sombra quiso seguirlos para permanecer con ella, pero el pasillo iluminado por el Sol la hizo retroceder. Volvió a su esquina. Escuchó gritar a la niña gran parte del día y un gran ajeteo en la casa. Los adultos entraron varias veces para recoger cosas y meterlas en bolsas y cajas. Tras el mediodía se hizo el silencio. Sombra se quedó en su esquina. Como buena depredadora, sabía que se habían ido. Cuando llegó la noche descubrió por qué.

La salida había sido apresurada. Muchas luces que la noche anterior no estaban ahora brillaban cegadoras y Sombra las fue eliminando todas, así como aquellos lugares donde quedaban ecos de luz. Abajo descubrió una luz contenida en una ventana fuera de la pared. Voces humanas salían de ella. Iba a extinguirla cuando en el frente salieron imágenes de los nacidos de la oscuridad. Eran una masa negra donde los individuos no se podían diferenciar, pero ahí estaban. Debía ser el ataque a la ciudad, aunque no entendía cómo podía verlo por una ventana de luz. Salieron también humanos asustados. Vio sus caras y reconoció las mismas que

los adultos habían tenido al verla. Estaban asustados, como lo estaba ella del Sol. Vio a algunos de sus congéneres devorando humanos y lo comprendió todo.

Extinguió la luz y se marchó triste de aquel lugar. Los nacidos de la oscuridad eran cazadores, no se les podía culpar de seguir su naturaleza. Pero era igualmente triste. Continuó su búsqueda de la Luna, ajena a las motivaciones de su raza. No atacó más luces sino notaba que el ansía la consumía, mató solo antes de morir de hambre y sólo se acercaba a los pueblos a buscar a aquella niña que reflejaba la Luna con su vestido.

Seguía su camino por las noches y se escondía durante los días. Los pueblos y ciudades que veía estaban cada vez más deshabitados. Huían a algún lugar. Quizá siguiesen al Sol, como ella hacía con la Luna. Su guía dejaba de brillar algunas noches, pero era entonces cuando se hallaba más hermosa, un círculo oscuro en el cielo. Nunca logró encontrar a la pequeña humana, de igual forma que tampoco pudo tocar la Luna.

Una noche se hallaba en un pueblo. En este todavía quedaban algunos residentes que conservaban sus luces. Sombra estaba hambrienta y llevaba mucho tiempo sin saciar sus ansias de propagar la oscuridad. Había aprendido a encender las lámparas y, cuando no podía, eliminaba los ecos de luz para que nunca llegase a ellas, pero hacía mucho que no pasaba por ningún edificio. De modo que se acercó. Robó la poca comida que encontró en los armarios fríos y extinguió varias farolas y bombillas. Había intentado usar las ventanas de luz que enseñaban imágenes, pero nunca más había logrado ver a los nacidos de la oscuridad.

Quedaba mucha noche por delante. Sin embargo, decidió descansar. La Luna estaba menguante y podía esperar un día para verla Oscura. Se dedicó a buscar a la niña y recorrer las calles.

Estaba ya dispuesta a encontrar un sitio cómodo cuando intuyó algo. Una excitación que no inundaba su ser desde hacía mucho tiempo. Se alejó del pueblo y lo vio. Una masa compuesta de seres de muy distintas formas. Todos hechos de pura oscuridad. Dos figuras destacaban sobre ellos. Dos líderes comandando un pequeño pelotón. Se acercaban raudos como canes en una cacería. Se intentó interponer entre ellos y el pueblo, pero la arrollaron y pisotearon. Uno de los líderes se quedó atrás con ella.

Al fin te encuentro, mi Exploradora, escuchó Sombra en su mente.

¿Mi líder?

Era un ser enorme, con tentáculos como brazos, cuatro patas traseras y una que le salía del pecho para sostener su parte anterior. Su pecho se erguía vertical y estaba cubierto de placas, como una armadura. Su cabeza era cilíndrica y tenía una boca a cada lado y varios ojos repartidos por todas partes. En otros tiempos le habría parecido la criatura más bella sobre la faz de la tierra. Ahora, le parecía bonito, pero había visto cosas mejores.

*Así es. Ha sido difícil dar contigo, pero me has proporcionado mucha información.
Buen trabajo.*

¿Cómo?

Esa era tu función, pequeña. Mientras lanzábamos el Primer Mensaje al mundo destruyendo esa ciudad tú debías decirnos dónde ir después.

Yo... seguía a la Luna.

Una risa escalofriante resonó en su cabeza. *Es estupendo hablar con los pocos Inferiores que podéis hacerlo. Siempre me recuerda lo estúpidos que sois.*

No soy estúpida. Sabía que le debía obediencia ciega y, seguramente, los primeros días lo habría hecho, pero había pasado demasiado tiempo siendo su propia líder como para permitirle esos comentarios.

Otra risa. *Como quieras. Ahora, únete al resto. Podremos continuar hacia el siguiente pueblo antes del alba.*

¡No!

¿Cómo dices?

¡Matáis a los humanos!

Y a todo lo que se nos pone delante. ¿Y qué? ¿Para qué te crees que fuiste creada?

¿Cre... creada?

Por supuesto. ¿Quieres saber más? Tengo las respuestas, pero primero ve a por esa aldea.

¡No! La vida es tan sagrada como la noche y como la Luna. Tan importante como corrupta es la luz.

Esa luz la traen los humanos. A costa de la muerte, además.

¡No voy a matarlos!

¡Obedéceme, Exploradora!

Una ola de dolor la invadió y la insensibilizó. Sus pies dejaron de obedecerla y se dirigieron al pueblo. Se resistió.

No soy Exploradora, dijo con toda la fuerza que pudo reunir, resistiendo el poder que aniquilaba su voluntad. *¡Me llamo Sombra!*

Con ese pensamiento logró librarse de su influencia. El líder se quedó sorprendido. Sombra pensó atacarlo para ayudar al pueblo, pero sería inútil. Ella sola no podría hacer nada, era demasiado poderoso. Así que huyó.

Muy bien, insecto. Aléjate. Sigue diciéndonos adonde ir. Pero más te vale estar siempre corriendo porque si te encontra-

La voz desapareció. Sombra se sintió más libre que nunca. No sabía si les guiaría a nuevos lugares, pero algo le decía que su control se había roto para siempre. Pero ya no podía seguir más a la Luna. Debía buscar a los humanos. Salvarlos.

Lo importante, más allá de la luz y la oscuridad, era preservar la vida.

Carlos Robles Gallego

Relato ganador del primer premio

IX Edición del Concurso de Relato Corto de Terror, Fantasía y Ciencia-Ficción

Asociaciones UCM: ASCII, Relatividad, GREBAS, Númenor, AEIOU, La Salamanca del
Círculo Polar, CD-CROM, El Reino de Arckham